

LIBROS

Los ejecutivos del poder

"Creo que puede afirmarse que los funcionarios españoles no se sienten primero funcionarios y luego miembros de un cuerpo, sino al revés". Estamos aviados. Porque después de esta afirmación, su autor, Miguel Beltrán, deduce con lógica que entre los funcionarios existe "una perceptible falta de sensibilidad ante la función pública en su conjunto y un alto grado de particularismo, fragmentación y tensión entre los distintos grupos". O sea, que dicho en lenguaje poético, según el maestro Juan de Mairena, hay mucho espíritu de cuerpo entre cada uno de los diferentes cuerpos de funcionarios españoles.

Miguel Beltrán los estudia en un reciente libro editado por Fundación Juan March-Editorial Ariel, "La élite burocrática española". ¿Y quiénes son los miembros de esta élite? Los aquí estudiados corresponden a los llamados "cuerpos superiores", según concepto elaborado por el profesor Alberto Gutiérrez Reñón —"pionero de los estudios sobre la burocracia de nuestro país"—, y que comprenden a aquellos cuerpos para los que se exige titulación universitaria o de Escuela Técnica Superior.

La base de este estudio de Beltrán es la encuesta patrocinada en 1967 por la Escuela Nacional de Administración Pública de Alcalá de Henares. Los encuestados fueron los miembros de esos "cuerpos superiores" ejercientes en Madrid. Y uno de los primeros lugares comunes que destruyó al análisis de los datos fue esa "popular opinión" según la cual la mayoría de los funcionarios proceden casi siempre de las regiones más atrasadas del país. De acuerdo con esta encuesta, esa idea no es válida, al menos para los "cuerpos superiores". Aquí resulta "que en la élite burocrática está sobrerrepresentado todo el interior del país (las dos Castillas, Aragón, Albaceta y León) e infrarrepresentada la periferia". De hecho, es Madrid, como "ciudad hereditariamente burocrática", quien suministra la mayor parte de esa élite. Madrid y la zona central del país dan el 60 por 100 de los funcio-

arios superiores con sólo el 27 por 100 de la población total. Andalucía y Extremadura, con casi la cuarta parte de la población total, no suministran más que un 13 por 100 de los funcionarios estudiados. El resto de España, con la mitad de la población total, tiene sólo una cuarta parte de esos funcionarios como indígenas.

Estos señores, en cuanto que funcionarios de élite, responden a dos notas, dice Beltrán. Por un lado, una profesionalización burocrática, y por otro, una diferenciación burocrática. Es decir, son inamovibles, dentro de lo que cabe, que es poco, gracias a la despolitización. Y forman, por otro lado, un conjunto de grupos, los cuerpos, muy distintos entre sí.

En el estudio de esta élite, formada por los ejecutivos del poder, Beltrán hace una serie de jugosas consideraciones. Por ejemplo, dedica un capítulo a "La mentalidad jurídica administrativa". La fruición especial que la lectura diaria del "BOE" ("Boletín Oficial del Estado") o el manejo del Aranzadi puedan ofrecer es algo que seguramente sólo desde dentro de los cuerpos puede llegarse a catar. De todas maneras, Beltrán considera que no es eso lo que provoca "la rutinización y el anquilosamiento administrativo". A lo más es sólo un factor favorable a esa situación el de ser lector asiduo de estos devocionarios de la juridicidad. Incluso aquí en el libro puede verse que las "superélites" dentro de esa élite son escasamente lectoras de tales publicaciones. Los factores opuestos al cambio, dice el autor, habrán de ser buscados en otros terrenos —sociales, políticos, económicos— que no sean estrictamente el profesional jurídico.

Otro capítulo estudia la religiosidad, generalmente alta; otro, la autosatisfacción, que no es poca... No olvidemos que son

datos de 1967, hace diez años. Lo que por fortuna de entonces acá haya cambiado la Administración española o, por lo menos, la mentalidad de sus funcionarios más importantes es ciertamente algo que sería clave conocer, y el libro de Beltrán es un buen punto de partida para ello. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

De los sexos, la mística y el Mal

Los caminos de la literatura son insondables. Y sus proyectos, múltiples. Muchas veces intenta la literatura el asalto a los conceptos, la supresión de las vías propiamente racionales de comprensión del mundo, y su sustitución infinitamente rica por otras maneras: las de la imagen, las de la representación opaca y al mismo tiempo lúcida y encendida de lo no racional. De lo visual y plástico por un lado, de lo simbólico e indirecto por otro. Esto, llevarlo a la escritura y además reivindicarlo como forma legítima de pensamiento, es lo que hace Leopoldo Azancot en su novela La novia judía (Editorial Planeta, 1977).

La doble historia que cuenta Azancot, avalada por la primera persona del narrador y por las constantes alusiones a toda una tradición no por castigada menos española, es la de un hombre en busca del conocimiento, las raíces y el Bien. Un joven de familia conversa se encontrará en el secreto de los despachos o en la gloria de la corte papal, o en el último rincón de la herejía, junto a los mares de Tierra Santa, con sus raíces hebreas, particularmente con esa corriente hispana y heterodoxa del pensamiento judío que es la kabala. Y para ilumi-

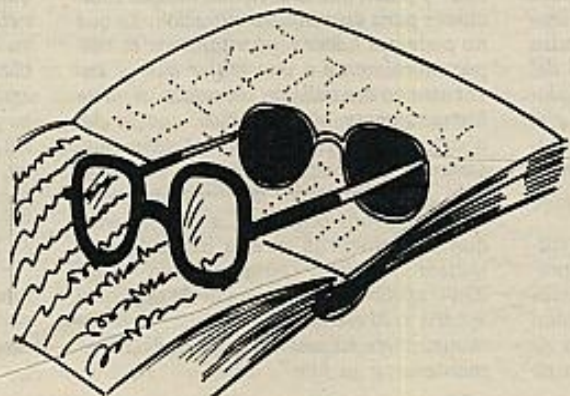


Leopoldo Azancot.

nar su duda y su fe, un relato fantástico y presentado casi como tal, que retrotrae la acción dos siglos más —con lo que precede en pocos días a la caída de Granada en el poder de los Reyes Católicos—. Esta narración que el protagonista recibe mientras el lector casi le olvida —si no fuera por las digresiones constantes del que la cuenta— conculca directamente todos los principios morales de todas las morales en litigio.

La novia judía, esa confusa muerta y rediviva muchacha, a caballo entre el Bien absoluto, la Belleza y el Mal, va a conjurar la muerte y la vida, a justificar transgresiones y fronteras, a contestar plásticamente, desde los terrenos de lo sobrenatural, la gran pregunta que se hacía el peregrino: la existencia del Mal. Y ella, y el que pone en marcha a un tiempo la máquina de la destrucción y la del amor, conseguirán la síntesis perfecta, la disolución de lo dispar, de lo distinto. El andrógino.

En el andrógino —hombre y mujer a un tiempo, algo más que homosexualidad, infinitamente más que asexualidad—, Azancot —que ha confesado haber conocido platonismo y kabala— consigue fundir los contrarios. Y no fundirlos de un modo racional, porque ese es precisamente el problema: que la razón conceptual necesita de la contradicción, de la oposición y la diferencia para existir. Lo consigue por la analogía. Por lo que su personaje llama pensar en imágenes. Que es como escribe Azancot: en imágenes. Imagen es, pues, la muerte de la virgen, su deseo y posterior encarnación en el jardinero —la voz de ella, el cuerpo de él— y la transmutación en otro, infinitamente sabio, que no es ni ella ni el jardinero; imagen es el amor de él por ella, y el amor



de él por el jardinero que es ella y no es. Imagen, por fin, ese encuentro en que las palabras de EL REY y LA REINA, que son y no son Baruch y Débora, o él y ella, se confunden de boca y sexo hasta constituir el andrógino perfecto. Entonces, en esa imagen de la creación que todas las ortodoxias consideran apócrifa —dice la voz—, hombre y mujer, creados a un tiempo, eran uno, unidos por la espalda. Uno y feliz porque dos. La contradicción resuelta. Insisto: no sólo es sexo. Es, fundamentalmente, conocimiento.

Se trata de la muerte y la vida, y, sobre todo, del Mal. El

mal que padece el pueblo judío. El mal que le hace volverse contra sí mismo, o que acontece involuntario. El falso Golem vengador, la máquina que el Rey moro de Granada no consigue ver funcionar contra las huestes cristianas. Imágenes. En otro orden de cosas, lícito también porque se busca aquí la fusión de todos los órdenes, la novela funciona exactamente igual respecto al lector, que la narración que la ilumina respecto al peregrino que empieza contándola. Quiere esto decir que si la narración de la historia de Débora y Baruch era capaz de iluminar el conocimiento del peregrino —después que és-

te hubiera esperado, la cabeza en blanco, "hasta olvidar que esperaba", y sólo entonces comienza la narración—, de la misma manera la novela entera se dispone a iluminar, por el mismo procedimiento, los problemas del lector moderno. Que al fin son el mismo.

Al menos así parece entenderlo Azancot. Se cuele por debajo de todo esto, trascendido por la existencia del Mal y la Desgracia, una visión sin duda metafísica de la guerra, la ambición, el valor y la cobardía, la sexualidad y las distintas formas de moral sexual, lo religioso, la magia, lo sobrenatural en general. La violencia, no sólo

de los pogroms, también de las venganzas. La homosexualidad, la belleza, el amor.

Pero no se asuste el lector. Porque, y precisamente escrito en imágenes, "La novia judía" tiene una lectura cautivante, primera, simple. La que hace al lector seguir sus lazos, que se suceden de esa manera simple aparentemente, como en "Las mil y una noches", linealmente, sin problemas. Y en cambio, con qué riqueza inventiva, con qué desbordada imaginación. Su lenguaje, además, es fundamentalmente sencillo, aunque a veces se barroquiza, o se envuelve en un aire arcaizante, bellissimo. Consigue, en cualquier caso, trasladarnos tiempo atrás, al siglo XVIII primero, al XV después. Y, abruptamente, porque la sabiduría es eso, nos deja solos. Al final. La clave está en la novela.

Una cosa más: Azancot, que declara ascendencia judía, intenta aquí la asunción para nuestros días de una cultura que la intransigencia de siglos mantuvo en las catacumbas de la clandestinidad. No sólo las hermosas coplas sefarditas que alguna vez trae, o las alusiones a la casta española de kabalistas que vigorizan la historia. Es, sobre todo, esa manera de hacer, de escribir, en la que la más cruda sensualidad se hace mística. Y por ahí, conocimiento. ■ ROSA MARIA PEREDA.

El román paladino en Berceo

Hace dos o tres años fui con mi mujer a San Millán de la Cogolla: al que está arriba, el "de suso", el que alumbró la niñez de Gonzalo de Berceo según él mismo nos cuenta, el que tiene retazos de un mozarabismo elemental... Y cuando llegó el momento de comer algo, bajamos hasta Berceo para tomar algún "clarato" con pan, queso y algún condumio apropiado. Esos pueblos de la alta Castilla siempre hacen "con despacio" sus labores de recolección. Estaba ya bien pasado el verano, pero a todo el pueblo y a sus alrededores se le notaba que se estaba viviendo el tiempo de la era. Yo me asomaba de vez en cuando a la puerta de la taberna que nos alojaba, con mi vaso de "claro" a medio consumir en la mano, y veía pasar, en esa primera hora de la tarde del "veranillo del membrillo" que vivíamos, a alguna yunta de las que regresaban temprano de la trilla.

Aun cuando la niñez de Gonzalo transcurriese arriba del monte, en San Millán de Suso, algunos de los pasos del chiquillo no cabe duda de que transcurrirían allí mismo, en Berceo. ¿Pero dónde? ¿Y dónde se situaría su lugar de nacimiento?

¿Y a quién podría yo preguntarle? ¿Al mismo tabernero que nos sirvió el vino claro? No: no quise darle más razones para que me considerasen un tipo raro que va a la taberna con extrañas pesquisiciones, a quien ya, estoy seguro, me considera "raro" cuando advierte mi barba allí casi escandalosa. Tampoco hay, que yo sepa, en todo el pueblo ninguna de esas placas pedantescas que señalan los lugares de sus hijos ilustres.

Parece ser que por allí mismo, por la breve geografía que nosotros andábamos pateando

aquel día, se dieron también algunos de los primeros pasos de la lengua que hoy hablamos todos. Y de esos pasos sí, más que de los del joven Gonzalo, me gustaría haber olfateado algo por su lugar. Pero era una ingenuidad por mi parte haber procurado sonsacarle algunas palabras al tabernero yo, que desconozco la historia de mi propio idioma, que ni siquiera sé usarlo tal cual él es al día de hoy, con absoluta propiedad. Era ridículo que yo pretendiese descubrir un arcaísmo peculiar de allí en lo que siempre he conocido como un arcaísmo de todo el Norte de Castilla: el uso de ciertos condicionales; por ejemplo, "si yo tendría" por "si yo tuviese"... Pero ese es un problema que escapa a Berceo y que desborda a su lugar.

Ahora resulta que vamos a celebrar —o simplemente a conmemorar con cierta solemnidad— el milenario de nuestra lengua. Está bien, porque la lengua es gran parte de lo que somos todos, mucho más de lo que pensamos. Como dice don Miguel de Unamuno en un soneto del que siempre me acuerdo en circunstancias parecidas a ésta: "La sangre de mi espíritu es mi lengua".

A mí me hubiera gustado hablar más con la gente de Berceo, porque ellos, como su paisano Gonzalo, tampoco son buenos latinos —"Ca no soy buen letrado por no ser buen latino..."—. Quiero decir que ellos, claro, desconocen y no usan, ni falta que les hace, el lenguaje cultista de nuestros días. El idioma que se sigue haciendo y conformando, por lo menos en su parte rural, también tiene que ver con el habla de los de Berceo.

Y también será posible, como

así debió ser siempre, que el idioma se renueve con corrientes de sangre nueva de esas vetas rurales que no son "buenos latinos"... que en realidad son vetas viejimas supervivientes.

¿Pero todo el idioma castellano nació allí o por allí? La verdad es que un problema tan complejo como es el del nacimiento de una lengua no podía ser tan simple. Ahora sabemos —gracias al descubrimiento y estudio de los fragmentos— romances que hay incrustados en las "jarchas" arábigo-andaluzas, que en el Al-Andalus, en hora muy temprana —mucho antes que Berceo y aun que el "Poema del Cid"— ya existía un preidioma muy evolucionado, previo al castellano y que sin duda confluye en el mismo. ■ MORENO GALVAN.



Monasterio de Suso, en San Millán de la Cogolla.

Un clásico de la antropología social

Con treinta y siete años de retraso desde su edición original (1) en lengua inglesa, nos ha llegado la traducción española (2) de uno de los estudios más importantes de toda la literatura antropológica. Y menos mal que hay quienes se están ocupando de hacer llegar al público interesado esta y otras traducciones, salvando la barrera del inglés para quienes no poseen conocimientos de dicha lengua.

La obra ahora comentada, a diferencia de la anterior del mismo investigador: "Brujería, oráculos y magia entre los Azande" (ver comentario en TRIUNFO, número 704, 24 de julio 1976) tuvo ya desde el primer momento de aparición, en 1940,

(1) E. E. Evans-Pritchard: *The Nuer*. Oxford, Clarendon Press, 1940.

(2) E. E. Evans-Pritchard: *Los Nuer*. Barcelona, Anagrama, 1977. 284 páginas. Volumen 9 de la "Biblioteca de Antropología", dirigida por José R. Llobera.